

# Una antigua estampa otoñal

(*Eccli.* 14, 18 y paralelos clásicos)

1. El tema de la brevedad de la vida es común a los poetas griegos y romanos, no menos que a los orientales, a juzgar por copiosos ejemplos bíblicos. Pero, mientras en los primeros es un quejido desgarrador, cargado de pesimismo desesperante, capaz de agriar aún los dulces placeres convivales con la obsesión espeluznante de la tumba oscura —*Eheu fugaces, Postume, Postume; pulvis et umbra sumus*<sup>1</sup>— sirve a la poesía bíblica de trampolín que impulsa a los mortales hacia las esferas luminosas de una vida jocunda y eterna.

Muchas son las imágenes empleadas para plasmar la caducidad de la vida. Nos entretendremos en una, tomada de la flora, que pone muy de manifiesto el carácter efímero de la existencia humana<sup>2</sup>. Es la *hoja* del árbol que se cae con los vendabales del otoño<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> HORACIO, C. 2, 14, 1; 4. 7. 16. He aquí los dos textos completos: *Eheu fugaces, Postume, Postume, / labuntur anni...*; *quo dives Tullus et Ancus, / pulvis et umbra sumus*. Cf. SOFOCLES, *Electra*, 1159, σποδόν τε καὶ σκιάν ἀνωφελῆ. La intencionada acumulación de la *u* es un reflejo acústico de la lobreguez del sepulcro. Seguramente sólo por ese matiz musical ha escogido, entre otros muchos, los nombres propios *Tullus*, *Ancus* y ha inventado el personaje irreal de *Postumus*.

<sup>2</sup> ESQUILO, *Prom.* 546 y ARISTOFANES, *Aves*, 687, llaman a los hombres, sin más, ἐφήμεροι, «efimeros», «de un día de duración», impresionados por la fragilidad de la vida. Sobre el sentido de ἐφήμερος-ἐφημέριος en el griego antiguo, cf. H. FRAENKEL, *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums*, p. 183 ss., y el índice p. 660.

<sup>3</sup> Prescindimos, por tanto, de otros lugares afines en que la labilidad humana se parangona, por ej., a la duración pasajera de la flor, como

La metáfora del hombre comparado a la hoja del árbol, por la fugacidad de su existencia, entronca con otra más general, en que se le concibe como un árbol o planta directamente. Ya en el primer acorde del *Salterio* percibimos la semejanza. El justo es un árbol, junto a las corrientes de las aguas, de hojas perennes <sup>4</sup>. El florecerá como la palmera <sup>5</sup>, y se multiplicará como el cedro del Líbano <sup>6</sup>. Por el contrario, los impíos son árboles otoñales, carentes de frutos y hojas <sup>7</sup>. Incluso el Mesías es visto por los profetas como una planta y su floración <sup>8</sup>; y el mismo Cristo llega a decir de sí propio, refiriéndose a su cuerpo místico: «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos» <sup>9</sup>. En la literatura griega es corriente esta imagen botánica, por lo que citamos sólo un pasaje; aquél en que el coro concibe a la desgraciada familia real de Edipo como un árbol caído, que queda unido a la tierra por una sola raíz, Antígona <sup>10</sup>.

2. En la lluvia pertinaz de hojas huidizas, con que amarillea cielo y tierra por otoño, halló el autor del *Eclesiástico* la mejor pintura de la condición lábil del hombre. Es sorprendente el parentesco de la metáfora, tal como se halla en el libro de Jesús, hijo de Sirac, y en la *Iliada* de Homero. En ambos reviste forma poética, ambos emplean cuatro versos, ambos es-

---

en *Iob.* 14, 2; *Ps.* 102 (103), 15; *Is.* 40, 6-8. (citado en 1 *Petr.* 1, 24 s.); *Iac.* 1, 10 s., etc.

<sup>4</sup> *Ps.* 1, 3; 127 (128), 3; 143 (144), 12; *Prov.* 11, 28. En *Dan.* 4, 7-23 el árbol excelso personifica al rey Nabucodonosor.

<sup>5</sup> También Ulises (HOMERO, *Od.*, 6, 162 ss., cf. CICERON, *De leg.*, 1, 1, 2 y PLINIO, *nat. hist.*, 16, 44), compara a la princesa Nausícaa con la esbelta palmera de Delos. La grácil femineidad de la palma es el retrato de la Sabiduría, entre una serie inacabable de plantas, en *Eccli.* 24, 17-23, que la liturgia aplica a la Virgen María.

<sup>6</sup> *Ps.* 91, 13', etc.

<sup>7</sup> *Iac.* 1, 10 s.; cf. *Ezech.* 19, 10-14; *Mt.* 3, 10; 12, 33.

<sup>8</sup> *Is.* 4, 2; 11, 1 ss.; 53, 2; *Ier.* 23, 5, etc.

<sup>9</sup> *Ioh.* 15, 1-6, cf. *Ezech.*, 15, 1-6. También S. Pablo expone la admirable doctrina del cuerpo místico valiéndose, a veces, de una imagen agrícola o arquitectónica y más frecuentemente con el símil del organismo social, ya conocido entre los griegos.

<sup>10</sup> SOFOCLES, *Ant.* 601, cf. 569 ss. La palabra *embrión* (ἐμβρυον) denota igualmente el simbolismo botánico, del verbo βρώω, brotar con fuerza y abundancia las hojas de los árboles. Dígase otro tanto de la expresión «árbol genealógico», etc.

tán en griego <sup>11</sup>. Ahora bien, mientras la epopeya homérica no es posterior al siglo VIII a. C., el sagrado poema no puede ser anterior al siglo II a. C. Veámoslos y comparémoslos <sup>12</sup>.

a) ὡς φύλλον θάλλον ἐπὶ δένδρου δασέος,  
τὰ μὲν καταβάλλει, ἄλλα δὲ φύει  
οὕτως γενεὰ σαρκὸς καὶ αἵματος,  
ἡ μὲν τελευτᾷ, ἕτερα δὲ γεννᾶται.

*Eccli.* 14, 18.

La versión latina de la *Vulgata* suena así <sup>13</sup>:

*Et sicut folium fructificans in arbore viridi,  
Alia generantur, et alia deiciuntur;  
Sic generatio carnis et sanguinis  
Alia finitur et alia nascitur.*

b) οἷη περ φύλλων γενεή, τοίη δὲ καὶ ἀνδρῶν·  
φύλλα τὰ μὲν τ' ἄνεμος χαμάδις χέει, ἄλλα δὲ θ' ὄληται  
τηλεθόωσα φύει, ἔαρος δ' ἐπιγίνεται ὄρη·  
ὡς ἀνδρῶν γενεή ἡ μὲν φύει, ἡ δ' ἀπολήγει.

*Iliada*, 6, 146-149 <sup>14</sup>.

<sup>11</sup> El *Eclesiástico* fue compuesto en hebreo por Jesús, hijo de Sirac. Un nieto suyo lo tradujo al griego. Entre los años 1896-1931 se han descubierto las tres quintas partes del original hebreo, hallándose también el original del texto a que nos referimos en este artículo.

<sup>12</sup> Ofrecemos el texto griego según las ediciones críticas de HENRY BARCLAY SWETE, *The old Testament in Greek according to the Septuaginta*, vol. II, Cambridge, 1922; y de ALFRED RAHLFS, *Septuaginta id est Vetus Testamentum Graece iuxta LXX Interpretes*, vol. II, Stuttgart, 1952.

<sup>13</sup> En la *Vulgata* se contiene el texto en los vv. 18b y 19 del cap. 14. Además, en el v. 18a trae otra imagen botánica: *Omnis caro sicut foenum veterascet*. Pero *foenum* no se halla respaldado por el texto hebreo ni por el griego (ἱμάτιον) que forma allí el v. 17. He aquí la traducción de NACAR-COLUNGA, 1955 (vol. 19): *Como las hojas verdes de un árbol frondoso, / que unas caen y otras brotan, / así es la generación de la carne y de la sangre, / unos mueren y otros nacen*. La primera y única versión española del original hebreo es la de BOVER-CANTERA (Madrid, 1947): *Como hojas que brotan en árboles verdeantes, / que unas caen y otras crecen, / así las generaciones de carne y sangre: / la una muere y la otra nace*.

He aquí la antigua versión latina de este pasaje <sup>15</sup>:

*Qualis foliorum generatio, talis et hominum:*

*Folia haec quidem ventus humi fundit, alia vero sylva*

*Germinans producit, veris autem insequitur tempus:*

*Sic hominum generatio, haec nascitur, illa desinit.*

Sin descender a pormenores, el cuadro homérico es ciertamente más plástico y patético: obsérvese la acción caducante del viento y, frente al incoloro τελευτᾶ (morir), el trágico y reluctante ἀπολήγει, «cesar de vivir contra su voluntad». El coitejo, como es evidente, puede extenderse, a veces, hasta el vocabulario.

3. El aluvión de hojas fugitivas, pregoneras de la inconsistencia de la vida, invade las sagradas páginas lo mismo que las letras profanas. Aduciremos algunos lugares <sup>16</sup>.

a) El juicio contra los gentiles lo envuelve el profeta Isaías en la alegoría del follaje caduco <sup>17</sup>:

*Et omnis militia eorum defluet / sicut defluit folium de vinea / et de ficu*, donde el insistente *defluit* —aplicado dramáticamente a esos dos árboles sagrados de la cultura mediterránea— corresponde bien al χέει homérico, que denota la caída en cascada, frente al καταβάλλει del *Eclesiástico*, que, meramente revela el descenso de la fronda. Los sentimientos de anadamiento ante Yahveh ofendido, los manifiesta el mismo vidente con los rasgos patéticos que ya percibimos en la estampa homérica <sup>18</sup>: *Et cecidimus quasi folium universi, / et iniquitates nostrae quasi ventus abstulerunt nos.*

Lacónico, como las precedentes pinceladas de Isaías, y, juntamente pregnante como ellas, es el esbozo tétrico de Job en el altercado con sus amigos. Imagen doblemente sensible —por su óptica amarillenta y por su acústica de hojarasca arrollada

<sup>14</sup> Texto de la edición de PAUL MAZON, *Iliade*, tom. I, París, 1949.

<sup>15</sup> Está tomada de *Homeri opera... curante Jo. Henr. Lederlino... et Stephano Berglero Transylvano*, Patavii, Typis Seminarii, 1777. He modificado el texto latino del v. 148.

<sup>16</sup> Véanse también las citas de la nota 3 y siguientes.

<sup>17</sup> *Is. 34, 4.*

<sup>18</sup> *Is. 64, 6.*

por el torbellino— bien amasada en el paralelismo hebraico <sup>19</sup>: *Contra folium, quod ventu rapitur, ostendis potentiam tuam, / et stipulam siccam persequeris*. Evidente: el hombre es un hábito tan deleznable, que resulta extraño —y casi, casi impropio— que el Omnipotente mida sus fuerzas con él.

b) Todavía en Homero nos encontramos con la conocida metáfora, en una discusión entre dioses. Es Apolo quien sucintamente compara a los mortales con la foliación arbórea, tan pronto llenos de verdeante vigor, como consumidos sin vitalidad alguna <sup>20</sup>.

Arquíloco (s. VII a. C.), inventor del yambo artístico, es decir, de los ritmos ternarios musicales y poéticos para Europa, advierte a su amada con una metáfora heredada de Homero, pero sólo aproximadamente traducible: *Ya no verdeas como antes en tu cutis delicado, que ya se va ajando* <sup>21</sup>, οὐκέθ' ὁμῶς θάλεις ἀπαλὸν χροῖα / κάρφεται γὰρ ἤδη.

Mimnermo (principios del s. VI a. C.), creador de la elegía sentimental, llora en 16 versos el curso irrefrenable de la vida, dando el tono lúgubre a su canción la consabida metáfora: «Nosotros, como las hojas que hace germinar la muy florida estación de la primavera...» <sup>22</sup>. Otro elegíaco, Semónides de Amorgo (principios del s. VI a. C.), famoso por su invectiva contra las mujeres, cita expresamente el símil homérico, tributándole grandes elogios <sup>23</sup>.

<sup>19</sup> *Iob*, 13: 25. El torbellino y el huracán son símbolos del poder en la literatura sumerio-babilónica. Entre muchos ejemplos, citamos el himno a la diosa sumeria Inanna (correspondiente a la Ishtar babilónica y Venus romana), donde se dice que ella «se sienta como reina sobre el huracán». Este himno fue consignado por escrito en el segundo milenio antes de Cristo, pero es mucho más antiguo. Cf. A. FALKENSTEIN-W. VON SODEN, *Sumerische und Akkadische Hymnen und Gebete*, Zürich-Stuttgart, 1953, p. 75, 10 v. 3 y 5.

<sup>20</sup> *Iliada*, 21, 464 s. Homero tiene manifiesta predilección por la alegoría foliácea. Así en *Od.* 9, 51, tanto el pueblo de los Cicones como el ejército argivo (*Il.* 2, 468, cf. v. 800), se asemejan a las hojas y flores primaverales, si bien el *tertium comparationis* no es el carácter caduco del hombre, sino su número copioso.

<sup>21</sup> ARQUÍLOCO, *Fr.* 113 (cf. F. LASERRE, *Les Épodes d'Archiloque*, Paris, 1950, p. 136 ss.). Este epodo recuerda a Horacio, *C.* 4, 13.

<sup>22</sup> MIMNERMO, *Fr.* 2 (cf. G. UGOLINI-A. SETTI, *Lirici greci*, Firenze, 1948, p. 60).

<sup>23</sup> SEMONIDES, *Fr.* 29 (cf. B. LAVAGNINI, *Agliá* Torino, 1948, p. 225).

La imagen pasa igualmente a la poesía dramática. El primero de los grandes trágicos, Esquilo, la emplea en su *Agamenón*<sup>24</sup>: Relaciona la edad juvenil —savia vigorosa— con la vejez —«follaje ya marchito», φυλλάδος ἤδη / κατακαρφομένης —«que va errante con tres pies (el viejo), como un sueño que aparece en el día»<sup>25</sup>.

En la lírica coral aflora también la comparación, por boca de sus dos mejores representantes: Píndaro<sup>26</sup>, desarrollando un pasaje homérico, y Baquilides, que se acuerda del follaje incontable agitado por el viento otoñal, a la vista de las innumerables almas arracimadas en las corrientes del Cocito de los infiernos<sup>27</sup>.

Los dos mejores poetas de Roma han dado cabida en sus versos a la visión de la humanidad, fugaz como la fronda. Virgilio recurre a la semejanza homérica<sup>28</sup> para dar una idea de la turba inmensa que se apiña en las riberas infernales del Cocito y de la Estigia<sup>29</sup>: *Quam multa in silvis autumni frigore primo / lapsa cadunt folia...* A su vez, Horacio, como un eco de Homero, confiesa que la vida de las palabras, lo mismo que la vida humana, es inconsistente y quebradiza<sup>30</sup>: *Ut silvae foliis pronos mutantur in annos / prima cadunt... / et iuvenum ritu florent modo nata vigentque / debemur morti nos nostraque.*

Incluso al campo filosófico ha llegado el vendaval de las hojas inertes. Se trata de los estoicos Séneca y Marco Aurelio. El filósofo cordobés, en una de sus cartas ético-filosóficas, se esfuerza en demostrar que el llorar por la muerte de un ser querido es tan absurdo, *quam flere, quod arboribus amoenis et domum tuam ornantibus decidant folia... frondium iactura facilis*

<sup>24</sup> ESQUILO, *Agam.* 75-82; cf. SOFOCLES, *Tr.* 144, 235.

<sup>25</sup> En *Ps.* 72 (73), 20 hay una alusión parecida. Cf. también EURIPIDES, *Iph. T.*, 348 y *Fr.* 25, 3.

<sup>26</sup> PINDARO, *P.*, 9, 46 ss., cf. *Iliada*, 2, 800.

<sup>27</sup> BAQUILIDES, 5, 64 ss.

<sup>28</sup> En estos versos Virgilio depende simultáneamente de Homero, *Il.* 6, 146 ss. y de Baquilides, 5, 64 ss. A través de Virgilio reaparece la metáfora en DANTE, *Inf.* 3, 112-114; 5, 46; *Purg.* 24, 64 ss.

<sup>29</sup> VIRGILIO, *Aen.* 6, 309 ss.

<sup>30</sup> HORACIO, *A. Poet.*, 60 ss.

*est, quia renascuntur*<sup>31</sup>. El fondo homérico es todavía mucho más perceptible en el emperador filósofo, que, ofrece un acertado comentario, con la citación directa de la *Iliada*, y con influencias de Séneca<sup>32</sup>: «Hojas que esparce el viento sobre la tierra, así es la generación de los hombres. Hojas son tus hijos... hojas los que critican y zahieren..., pues todos brotaron en la estación primaveral. El viento las sacude y el bosque produce otras a continuación».

Cerramos esta galería con la lira del gran poeta calagurritano, Aurelio Prudencio. En el himno a los Inocentes, broche de oro del *Cathemerinon*, se escucha una metáfora emparentada con los hexámetros homéricos ya conocidos, que son su último punto de referencia. El ve a los niños cual rosas purpúreas, tronchadas violentamente por el huracán de un rey cruel y loco: *Salvete, flores martyrum, / quos lucis ipso in limine / Christi insecutor sustulit / ceu turbo nascentes rosas!*<sup>33</sup>.

4. Hemos seguido la imagen de la caída de las hojas, tipo acertado de la indole esencialmente pasajera del vivir humano, durante un período de doce siglos, a través de pensadores, poetas y profetas. La primera comprobación documental nos la brinda Homero (s. IX-VIII a. C.). Pero seguramente es anterior, y procede de una fuente oriental, común a Grecia e Israel. Dado el magisterio indiscutible del padre de la poesía europea, la metáfora resultó un tópico favorito, que asoma gustosamente en los poetas posteriores, griegos y latinos. La alegoría botánica continúa por el cauce bíblico independientemente. Pero, conocida la influencia griega en el libro del *Eclesiástico* y su-

<sup>31</sup> SENECA, *Ep.* 104, 11.

<sup>32</sup> *Iliada*, 6, 146 ss. MARCO AURELIO, 10, 34; SENECA, *Ep.* 104, 11-12.

<sup>33</sup> PRUDENCIO, *Cath.* 12, 125 ss.; cf. *Iliada*, 6, 146 s. Desde Homero (*Il.* 11, 67 ss.), conoce la poesía europea la imagen de los segadores para indicar el corte violento de la vida —lo que ha dado origen a la representación de la Muerte con la guadaña—, imagen que recoge Catulo (64, 353 ss.), y la populariza en latín. Prudencio tiene presente esa imagen, pero, al ver que los niños no pueden compararse a las espigas maduras de los segadores, por hallarse aquéllos en el umbral de la vida —*lucis ipso in limine*— reformula la imagen con la motivación del torbellino helado que troncha aquellas rosas en capullo.

puesta la inmensa popularidad de Homero y otros poetas griegos, sobre todo en el período helenístico al que pertenece dicho libro —como también se deduce del trasplante de la metáfora a los poetas latinos— no creemos aventurado el sospechar que *Eccli.* 14, 18, dependa de *Iliada* 6, 146 ss., como también parece corroborarse del cotejo de ambos textos. Esto, sin embargo, no excluye las influencias bíblicas en el pasaje del libro de Sirac.

FR. ISIDORO RODRIGUEZ, O. F. M.